PQ8549
.I 6
S3

Innes-González, Eduardo
Saldo de cuentas o Entre viejos camaradas.

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ8549
.I 6
S3

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.

Form No. 513

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/saldodecuentasoe00inne

Saldo de Cuentas

O

Entre Viejos Camaradas

Sainete de costumbres caraqueñas, en un acto y en prosa, original de

EDUARDO INNES GONZALEZ

TIPOGRAFIA AMERICANA
CARACAS
1924

RC
2 +
C
l señor Ramón Rolando Mendoza
Su amigo y compañero,
Eduardo Inñes González

Saldo de Cuentas

PQ 8549
.I6
S3

= O =

Entre Viejos Camaradas

Sainete de costumbres caraqueñas, en un acto

y en prosa, original de

EDUARDO INNES GONZALEZ

Tip. Americana
Caracas - 1924

BIBLIOTECA VENEZOLANA DE
V. M. OVALLES
CARACAS

PERSONAJES

DOÑA PÍA — RITA — JUANA, *criada* — D. BRAULIO — PERALTA — ESPINOZA — UN HOMBRE — VENDEDORES AMBULANTES — PORDIOSEROS

Este Sainete fué estrenado el 15 de noviembre de 1923 en el Teatro Nacional, estando los papeles de Don Braulio y Peralta a cargo, respectivamente, de los aplaudidos artistas venezolanos Antonio Saavedra y Rafael Guinand.

ACTO UNICO

Sala, decentemente amueblada, de casa sita en lugar no muy céntrico de Caracas.—Al fondo, puerta y ventana que dan a la calle. A la izquierda del espectador, puerta que da a la alcoba de D. Braulio. A la derecha, puertas que comunican con el resto de la casa.

La acción entre las 3 y las 5 de la tarde.

(Al levantarse el telón, aparece Rita, cantando, acompañándose con una guitarra.—Poco después, asómase D. Braulio, por la puerta de la izquierda, que da a su alcoba, en mangas de camisa).

RITA.—*Flor de té... Flor de té...*

D. BRAULIO.—Hija... Hija mía... Hijita... Por favor... *(Como su hija no le atiende, acércase a ella, hasta poner la mano, suavemente, en la guitarra).*

RITA.—Mamá... Mamaíta... *(Asustada, grita y sale despavorida, por la derecha, dejando la guitarra en manos de su padre).*

D. BRAULIO.—*(Por la guitarra).* Si no fuera porque podría costarme la vida, este coroto iba a tener ya al medio de la calle.

(Entra Doña Pía, por la derecha).

DOÑA PÍA.—¿Tú aquí, en la sala, en ese traje y tocando guitarra?... ¿Te has vuelto loco?

D. Braulio.—Ojalá lo estuviera. Tal vez entonces me considerarían un poco más. Por lo menos, me tendrían miedo...

Doña Pía.—No digas tonterías. Ve a ponerte el paltó.

(D. Braulio entra en su alcoba y sale a poco de paltó).

Voz afuera.—Gallinas y pollos. *(A gritos).*

Doña Pía.—Nó.

Voz afuera.—Huevos... Gallinas gordas...

Doña Pía.—Nó.

Voz afuera.—A cinco por dos los huevos.

Doña Pía.—Que nó. *(Furiosa).*

D. Braulio.—Ojalá que a Raimundo no se le ocurra venir esta tarde.

Doña Pía.—Me parece que no te causa mayor molestia porque se siente a leer en tu cuarto.

D. Braulio.—Pero en alta voz. Con el vozarrón que tiene.

Doña Pía.—Mejor. Ya que no lees, así te ilustras.... Pero a todas éstas, aún no me has dicho qué hacías con la guitarra.

D. Braulio.—Humildemente, cariñosamente, como yo, por desgracia, suelo hacerlo todo, me acerqué a Rita para rogarle que dejara la guitarra siquiera un par de horas, mientras dormía.

Doña Pía.—¿Vas a dormir hoy también?

D. Braulio.—Si nunca duermo en el día. Hoy tengo sueño porque, como te dije, las muelas no me dejaron dormir anoche.

Doña Pía.—Sin embargo, no fuiste en casa del dentista.

D. Braulio.—¿Qué quieres?... No tengo valor. Al verme sentado en el sillón, rodeado de aparatos, se me quita el dolor como por arte de magia.

Doña Pía.—¿No te da pena confesar eso? Aprende de mí. Muela que me duele y muela que me hago sacar.

D. Braulio.—Ah, si yo tuviera la energía tuya.

Doña Pía.—*(Acercándose a la derecha)*.—Rita.... Rita.... La pobre muchacha se asustó... Le quitaste la guitarra tan bruscamente.

D. Braulio.—La niña, por lo visto, se asusta por muy poca cosa.

Doña Pía.—Sintió que la agarraban.

D. Braulio.—¿Por qué no echó a correr la otra tarde, al anochecer, cuando el idiota que se pára por la ventana la agarró por el brazo?

Doña Pía.—¿Todavía recuerdas eso?

D. Braulio.—Lo recordaré siempre. Mi primer impulso fué salir a la calle y agarrar por la pechera al atrevido y abofetearlo, por grosero.

Doña Pía.—Bonita cosa hubieras hecho. Un escándalo por una tontería.

D. Braulio.—¿Te parece una tontería?

Doña Pía.—Cuando me referiste el hecho, yo también me alarmé, pero luégo me di cuenta de lo que sucedió. Rita tenía un *morado* en un brazo...

D. Braulio.—Y el otro no se contentó, como Santo Tomás, con ver y creer, sino que quiso, también, tocar.... y tocó. Ya comprendo.

Doña Pía.—Te advierto que es todo un caballero.

D. Braulio.—Pero nos expone al ridículo con sus paradas tan frecuentes en la ventana. Y Rita tiene gran parte de la culpa, sí señor. Hay que llamarle seriamente la atención... Rita... Rita... *(Acercándose a la puerta de la derecha).*

Doña Pía.—No le hables tú. No sabes ponerte bravo. Yo le hablaré. Ya verás. *(Sale por la derecha y vuelve a poco).*

D. Braulio.—Tiene razón. No sé ponerme bravo. Y en cuanto hago un esfuerzo por arrugar el ceño y alzar la voz, con decir la madre: "¡Braulio!" y la hija: "¡Papá!", no sé dónde meterme.

Doña Pía.—Deja que vuelva.

D. Braulio.—¿Salió?

Doña Pía.—Está en la casa de al lado.

D. Braulio.—Hablando por el teléfono, de seguro, con el idiota ése. ¿Lo ves? No pierde ocasión para exponernos al ridículo.

(Tocan en la puerta, afuera).

D. Braulio.—¿Quién es? *(Se dirige a abrir la puerta).*

Doña Pía.—Nó. No vayas tú... *(Acercándose a la puerta de la derecha).* Juana... Juana...

D. Braulio.—Te cansas de llamarla y se hace la sorda. Conmigo hizo lo mismo esta mañana. Supongo que está brava por lo de anoche.

Doña Pía.—Hiciste muy mal.

D. Braulio.—¿Porque le dije que no me gustaban hombres parados en la puerta?

Doña Pía.—Se trata de su novio, que le ha ofrecido casarse con ella. ¿Dónde quieres que lo reciba? Lo que te he dicho, eres rudo.

D. Braulio.—En resumidas cuentas, siempre procedo mal.

(Vuelven a tocar afuera).

Doña Pía.—¿Quién es? Anda, ve a abrir. *(D. Braulio abre).*

Un hombre.—¿Aquí vive la familia Vergara?

D. Braulio.—Nó, señor.

Un hombre.—Qué raro. Las señas que me dieron no pueden ser más precisas. La cuadra más abajo de la Plaza, a mano derecha, la primera casa.

D. Braulio.—Pues se equivocaron.

Un hombre.—Sin embargo, el que me dió las señas es un hombre muy serio.

D. Braulio.—Pues en esta vez se rió.

Un hombre.—Número 74... Este es el número que me dijeron... ¿Pero usted está seguro de que ésta no es la casa de las Vergara?

D. Braulio.—*(Irónico).* Pues, señor, si usted se empeña, ésta es... Si trae usted algo para esa familia, démelo.

Doña Pía.—¡Braulio!

Un hombre.—No se *caliente* por eso... Guá, miren al viejo... *(Se va).*

D. Braulio.—Falto de respeto.

Doña Pía.—Tú tienes la culpa. A esa gente no se le hace caso. Pero, lo que te he dicho, todo lo haces de una manera tan ruda...

(D. Braulio, resignado, entra en su alcoba).

(Tocan afuera).

DOÑA PÍA.—¿Quién es?

VOZ AFUERA.—Botellas...

DOÑA PÍA.—Nó.

VOZ AFUERA.—¿Hay botellas?

DOÑA PÍA.—Que nó. *(Acercándose a la derecha).* Rita ve a ver qué hace Juana, que no le atiende a la puerta.

(Entra Rita).

RITA.—Juana salió un momento a la Botica a hablar por teléfono.

DOÑA PÍA.—¿Ella también?

RITA.—Guá ¿y no tiene derecho ella también?

DOÑA PÍA.—Tienes razón. Después de todo, hay que aguantarles cuanto hagan. *(Entra por la derecha y vuelve a poco, de "andaluza").*

RITA.—¿Vas a salir?

DOÑA PÍA.—Voy a la iglesia, a hablar con el Padre Celestino para que nos cante una misa pasado mañana, en acción de gracias. Tu padre y yo cumplimos veinte años de casados.

RITA.—Desde hace una semana no piensas sino en el día de pasado mañana. Apuesto cualquier cosa a que papá no recuerda esa fecha.

DOÑA PÍA.—¡Qué va a acordarse él de eso!... En fin. Sea lo que Dios quiera. Si tardo mucho, recuérdale a tu padre que tiene que ir al entierro del pulpero de la esquina. *(Sale por el foro).*

(Rita se dirige a la izquierda, parándose en la puerta de la alcoba de D. Braulio).

RITA.—Papá. ¿Acostado? ¿Si te quedas dormido y viene una visita? *(Se dirige a la derecha).* Juana.

JUANA.—*(Asomándose por la derecha).* ¿Llamaba la señorita?

RITA.—¿Lograste convencer al fin a tu novio? *(Sonreída).*

JUANA.—¡Qué va!... Está furioso. Me dijo que no volvía.

RITA.—Y tú qué piensas hacer?

JUANA.—Buscaré otro.

RITA.—Qué felicidad. Si yo pudiera hacer lo mismo.... Ya sabes, mamá salió. Si viene alguien, llamas a papá.

JUANA.—Y si el señor se pone bravo porque lo molestan.

RITA.—No digas tonterías. Papá nunca se pone bravo.

(Tocan en la ventana).

JUANA.—¿Quién será?

RITA.—Espera. No abras todavía.

ESPINOZA.—*(Desde afuera).* Soy yo, mi negrita.

RITA.—Dios mío. Espinoza, y yo en este estado... Espera un momento, mi amorcito... *(A Juana).* Sal y díle que ya voy a abrirle. Cosa de dos minutos. Mientras me empolvo, me pongo un poquito de colorete y me limpio las uñas. *(Sale).*

(D. Braulio se asoma por la puerta de su alcoba).

D. BRAULIO.—Se me cierran los ojos. *(A Juana que entra por la derecha).* Juana, por lo que más quieras, si viene alguien di que no hay nadie en la casa, que todos han salido.

JUANA.—Perdone el señor, pero lo que es eso no es posible hacerlo. ¿Decir yo una mentira?

(Tocan en la ventana, fuertemente).

D. BRAULIO.—¿Quién será? *(Yendo hacia la ventana).*

JUANA.—No se moleste. Son, de seguro, los muchachos de la cuadra, que viven haciendo travesuras. *(Sale).*

(Entra Rita, con otro traje, empolvada y pintada).

RITA.—Pero, papá ¿no dijiste que tenías sueño? Pues acuéstate, que yo le atenderé al que venga.

D. BRAULIO.—Prefiero quedarme aquí.

RITA.—¿Vas a quedarte aquí? Pues tendrás que resignarte a llevar polvo, porque Juana va a barrer la sala... Juana, trae la escoba.

D. BRAULIO.—Qué condición tan triste la mía. Siempre he de salir derrotado. *(Entra en su alcoba).*

(Rita abre la ventana).

RITA.—¿Tú aquí a estas horas? Qué raro.

ESPINOZA.—Tenía que comunicarte algo de urgencia.

RITA.—Me asustas.

ESPINOZA.—Qué vas tú a asustarte. Las mujeres no se asustan con nada.

RITA.—Eso crees tú. ¿Qué tenías que decirme?

ESPINOZA.—Oye, *el viejo* como que estaba en la sala?

RITA.—Tuve que hacerle creer que iban a barrerla para que nos dejara solos.

ESPINOZA.—Lo arrojaste a escobazos, entonces.... Mal hecho.

RITA.—Se hace tan fastidioso. Todo el día metido en casa.

ESPINOZA.—Por Doña Pía no te pregunto. Acabo de hablar con ella.

RITA.—¿Qué te dijo?

ESPINOZA.—Pues lo mismo que me dicen todos los que me aprecian al detenerse a saludarme: "¿Nada todavía?"

RITA.—¿Y eso que tiene de particular?

ESPINOZA.—Me hacen la pregunta para mortificarme, para recordarme que estoy sin empleo.

RITA.—Es que tú eres demasiado pesimista. ¡Qué va a decirte eso mamá por mortificarte!

ESPINOZA.—Ella nó. Es muy buena. Pero los demás.

RITA.—*(Señalando a dos que pasan).* Oye. ¿Quiénes son aquéllos? ¿No es la hija del doctor Centeno?

ESPINOZA.—Ella es. Va con su marido.

RITA.—¿No se casaron anoche?

ESPINOZA.—Y van como si no hubieran quebrado un plato...

RITA.—Qué feo es eso, ¿verdad?

ESPINOZA.—De mal gusto, por lo menos. En el caso de esa parejita, tú y yo estaríamos en el campo arrullándonos como dos tórtolas.

RITA.—¿Qué era lo que tenías que decirme?

ESPINOZA.—Quise satisfacer una curiosidad. Pasé por aquí y se me ocurrió tocar en la ventana por ver si salías y me daba el gusto de verte un día siquiera *al natural,* antes de casarnos.

RITA.—¿Cómo *al natural*?... No sé qué quieres decir.

ESPINOZA.—Tal como eres. Tal como tendré que verte a diario después que nos casemos.

RITA.—Ah! Pero qué gracioso!

ESPINOZA.—Sin polvos, sin colorete, sin nada de lo que usan generalmente las mujeres para representar la comedia del noviazgo...

RITA.—Idiota.

ESPINOZA.—Dices bien. He quedado como un perfecto idiota. No pude realizar el deseo que aquí me trajo hoy. Como la mayoría de los hombres, tendré que resignarme a no ver a la que ha de ser mi esposa *al natural* sino cuando no haya remedio...

RITA.—Si vas a seguir en ese tono, lo mejor es que te vayas.

ESPINOZA.—Demás creo recordarte el paseo del domingo.

RITA.—Resueltamente, no voy.

ESPINOZA.—Sin embargo, me diste la seguridad.

RITA.—Una ligereza.

ESPINOZA.—Pero vida mía...

RITA.—Me extrañan esas ternezas...

ESPINOZA.—Cualquiera pensaría que lo que de tí exijo es alguna atrocidad. Un paseo en tranvía, después de misa. Ningún conocido nos verá. Nos apeamos en Catia... Si te parece, nos metemos en la Capilla... Lo que deseo es estar contigo, solitos los dos, un rato. Tengo tántas cosas que decirte, que no puedo decirte aquí...

RITA.—No te empeñes, porque no voy.

ESPINOZA.—De modo que no me complaces... Está bien...

(D. Braulio se asoma por la puerta de su alcoba).

D. BRAULIO.—Estos malditos zancudos no me dejan dormir... *(Fijándose en Espinoza).* Para zancudos éste.... Pero no es posible aguantar más... Suceda lo que suceda... Rita...

RITA.—Papá... *(A Espinoza).* Espera un momento. No te vayas. *(A D. Braulio).* Papá... ¿Despierto?...

D. BRAULIO.—Te extraña que esté despierto a las tres de la tarde?

RITA.—Como dijiste que ibas a dormir.

D. BRAULIO.—¿Quién está ahí, hijita?

RITA.—Espinoza. Por una coincidencia, al abrir la ventana para limpiarla pasaba él...

D. Braulio.—Y se detuvo. Es natural. Lo lamentable es que sea tan temprano. ¿Por qué no le dices que pase adelante? Déjame decírselo yo.

Rita.—Nó, no le hables tú. Serías capaz de cometer una indiscreción y él es tan delicado...

Espinoza.—*(Asomándose)*. Por mí no se preocupe, señor Montero. Ya me voy.

D. Braulio.—Amigo Espinoza... ¿Cómo le va?

Espinoza.—Ahí, llevando la vida.

D. Braulio.—¿Qué tal?... ¿Nada todavía?

Espinoza.—*(A Rita)* ¿Lo estás oyendo? La pregunta de todos.

Rita.—Pero, papá, ¿cómo le preguntas eso, si no le gusta?

D. Braulio.—¿Qué, hija?

Rita.—Que le recuerden que está sin empleo.

D. Braulio.—Me lo hubieras dicho, hija.

Rita.—¿Cómo iba a enterarte de ese detalle, si no te gusta que te hablen de él?

Espinoza.—Conque así están las cosas?... Y yo que creía que D. Braulio...

D. Braulio.—Amigo Espinoza.

Rita.—¿Amigo?... ¿De cuándo acá?... La franqueza ante todo. Yo a las personas que no me agradan las trato secamente.

D. Braulio.—Niña. Cuidadito, que la paciencia se me agota. *(Enérgico)*.

Rita.—Papá.

Espinoza.—D. Braulio.

D. Braulio.—*(Achicado)*. El señor Espinoza no dejará de comprender que en mi condición de padre...

Espinoza.—Lo comprendo todo, sí, Don Braulio. No tiene que dar explicaciones. No soy el candidato a que usted aspira, tanto más ahora que estoy sin empleo... Pero no soy un sinvergüenza, señor Montero, no se lo figure usted por un momento siquiera.

Rita.—*(A Espinoza)*. No te exaltes.

Espinoza.—*(A Rita)*. ¿Ves cómo se queda callado, como nada me dice?

D. Braulio.—Espinoza, por Dios, ¿qué he de decirle?

Espinoza.—Es claro, nada se le ocurre porque cree que soy un sinvergüenza.

Rita.—Pero, papá dile algo.

D. Braulio.—*(Hablando consigo mismo)*. Si yo tuviera un rasgo de carácter, uno solo siquiera... Hagamos la prueba. *(Enérgico)*. Señor Espinoza, sí tengo algo que decirle, algo que he debido decirle hace ya mucho tiempo... Me tiene usted hasta la coronilla con sus paradas tan frecuentes en la ventana. Y si continúa usted...

Rita.—Papá....

Espinoza.—Déjalo, déjalo que se desahogue. ¿No tiene usted nada más que decirme? Pues óigalo usted bien. No lo molestaré más. Me iré lejos.

Rita.—Nó, tú no te vas.

Espinoza.—Me iré, sí. Por mi causa tu padre no tendrá más mortificaciones. Procura olvidarme. Yo procuraré hacer lo mismo.

Rita.—Eso es imposible.

ESPINOZA.—En la resolución que acabo de tomar no hay quien me detenga. Adiós, señor Montero... Adiós... *(Se va violentamente).*

D. BRAULIO.—Adiós, mi amigo. Que le vaya bien.

RITA.—*(Llorando).* Y pensar que tú tienes la culpa de todo.

D. BRAULIO.—Vaya que algún día me salió algo bueno... Lo malo es que cuando la madre se entere de esto.... Dios mío, ¿quién aguanta a esa señora?... *(Entra en su alcoba y cierra la puerta).*

RITA.—No me llevan al teatro, no me llevan a ninguna parte, y la única distracción que tenía me la quitan... Pero nó, no se darán el gusto... Ya verán quién soy yo, ya verán... Juana... Juana... *(Sale por la derecha).*

(Entran Doña Pía y el doctor Peralta, por el foro).

DOÑA PÍA.—Adelante. *(Fijándose en la puerta del cuarto de Don Braulio).* Está cerrada. Seguramente se fué ya para el entierro. Pero no tardará en llegar.

PERALTA.—Pero qué raro que no les hubiese dicho que nos habíamos visto.

DOÑA PÍA.—Pues nada nos dijo. Siéntese, doctor.

PERALTA.—Le ruego, ante todo, que prescinda del título.

DOÑA PÍA.—Sin embargo...

PERALTA.—No hay pero que valga. Quiero ser siempre para usted el que fui antes. El mismo necio aquél, tímido hasta la ridiculez, que la fastidiaba a usted de mozo, hablándole de amor, y de quien se burlaban ustedes siempre, con risa rayana en crueldad, a veces.

DOÑA PÍA.—Entonces era yo una niña loca.

PERALTA.—Y yo un enamorado ridículo.

Doña Pía.—Más de veinte años hace de eso, porque pasado mañana cumplimos ese lapso de casados Braulio y yo.

Peralta.—¡Cómo lamento no estar aquí!

Doña Pía.—¿Se marcha usted pronto?

Peralta.—Por el primer tren de la mañana. Como le dije, vine de paso. Pero crea usted que de buen grado, me quedaría, sólo por festejar al lado de ustedes ese aniversario: aniversario de una fecha en que, por la fuerza del Destino, vióse mi espíritu obligado a tomar rumbos nuevos.

Doña Pía.—Pues con aplazar el viaje...

Peralta.—Imposible. Tengo que estar mañana temprano allá. Una operación de urgencia.

Doña Pía.—Un nuevo triunfo científico de seguro.

Peralta.—Si le dijese que espero lo contrario sería un insincero. Además, no se trata de ningún milagro. *(Sonreído).*

Doña Pía.—Y aunque así fuera.

Peralta.—Nó, los milagros son privilegio exclusivo de Dios, y a los médicos, principalmente, nos conviene estar siempre en buenas relaciones con él.

Doña Pía.—Y tenerle miedo.

Peralta.—El temor de Dios es el único temor que siempre he tenido. Tanto es así que no me causa enojo alguno si alguien, refiriéndose a mí, dice: "Después de Dios, fue el doctor Peralta quien salvó a mi deudo". ¿Por qué? Para vivir en paz con el prójimo, los médicos hemos de resignarnos a ser buenos asistentes de Dios en las rudas batallas que se libran a veces contra la Muerte.

Doña Pía.—Así me gustan los hombres. Que tengan plena confianza en lo que saben.

PERALTA.—Devoto de la Ciencia, de ella lo espero todo; todo lo humanamente posible, por supuesto... Pero ¿a qué hablar de cosas serias, ya que he tenido la buena suerte de encontrarlos a ustedes? Lo que menos esperaba, que estuviesen aquí.

DOÑA PÍA.—Ni siquiera se acordaría usted ya de nosotros.

PERALTA.—Eso lo dice usted, pero no lo siente. Convencida está de que siempre, por fuerza, había de acordarme de ustedes, de usted sobre todo.

DOÑA PÍA.—Sin embargo, cuando murió papá no se le ocurrió darnos el pésame.

PERALTA.—Supe la desgracia estando fuera del país.

DOÑA PÍA.—Una simple tarjetica ¿qué le costaba?

PERALTA.—Me sucedió lo de siempre. Lo fuí dejando para mañana.

DOÑA PÍA.—Y tánto como lo apreciaba a usted papá.

PERALTA.—Uno de los viejos más simpáticos que he tratado. Afable, cariñoso. Tenía el dón de saber decir las cosas sin ofender a nadie.

DOÑA PÍA.—Recuerdo que lo llamaba a usted "el poeta".

PERALTA.—Entonces, entre otras malas costumbres, tenía la de escribir versos. Los últimos que publiqué fueron aquellos alusivos a usted, cuando supe que había aceptado a Braulio.

DOÑA PÍA.—Me puse tan furiosa cuando los leí. Tuve hasta la intención de obligar a Braulio a que le tomara cuenta de aquéllo; pero papá me decía, sonreído: "No hagas caso, hija; esos son desahogos propios de la juventud".

PERALTA.—Lo que más rabia me daba era pensar que el preferido de usted era Braulio, el amigo íntimo de toda mi confianza, a quien había yo presentado en la casa de ustedes.

(Entra Rita).

RITA.—Mamá... *(Por Peralta).* Ah! Perdone usted.

DOÑA PÍA.—Mi hija... El doctor Peralta...

PERALTA.—Sin el doctor... Cuánto gusto...

RITA.—Ah! el amigo de quien tánto me has hablado... *(Sonreída).* ¿Soltero todavía?

PERALTA.—Todavía soltero. Un solterón empedernido.

DOÑA PÍA.—Quién sabe, quién sabe que trae entre manos.

PERALTA.—Algo viejo estoy ya para la gracia.

RITA.—¿Viejo usted?

DOÑA PÍA.—Está en la edad más propicia para hacer feliz a una mujer.

PERALTA.—O para hacerla desgraciada... *(Por Rita).* Es el vivo retrato de usted. Los mismos ojos traviesos, la misma boca burlona... Cómo lamento no tener veinte años menos...

DOÑA PÍA.—¿Para qué?... ¿Para sufrir otra decepción?

PERALTA.—Perversidad, tienes nombre de mujer.

DOÑA PÍA.—¿No han sentido ustedes un ronquido?

PERALTA.—Sí, en ese cuarto... *(Por el de D. Braulio).*

RITA.—Papá, de seguro.

DOÑA PÍA.—¿No se fué para el entierro?

RITA.—Que vá... Se metió en su cuarto.

DOÑA PÍA.—*(Abriendo la puerta).* Si no estaba trancada, sino entrejunta... Braulio... Braulio... ¿Durmiendo?... *(Penetra en la alcoba).*

PERALTA.—El día de hoy voy a marcarlo con piedra blanca, por las impresiones tan gratas que he tenido... Sólo me falta conocer a su novio, porque de seguro lo hay...

RITA.—¿Quién piensa en eso?

PERALTA.—No creo yo que los hombres de por aquí tengan tan mal gusto, para no haberse fijado en ese cuerpo tan garboso y en el clavel de esos labios y en el terciopelo de esos ojos...

DOÑA PÍA.—*(que al salir de la alcoba de D. Braulio ha oído las últimas palabras de Peralta)*. Era lo que faltaba... Enamorando a la hija, ya que con la madre no pudo lograr nada...

PERALTA.—Un elogio, simplemente un elogio...

DOÑA PÍA.—En verso.

PERALTA.—¿Braulio?... Como que voy a tener que irme sin saludarlo. Es tarde ya...

D. BRAULIO.—*(Desde adentro)*. Pasa, querido, pasa.

DOÑA PÍA.—Sí, me parece lo mejor. Pase usted, que es persona de confianza. Y estando solo con él tendrá más libertad para aconsejarlo.

RITA.—Sí, doctor, aconséjelo.

PERALTA.—Aconsejarlo, ¿en qué sentido?

DOÑA PÍA.—¿Le parece a usted leve enfermedad esa modorra que se ha apoderado de Braulio de unos cuantos meses para acá?

RITA.—Métale miedo. Dígale que si continúa así acabará por enfermarse... Que salga a la calle, que se sacuda...

D. BRAULIO.—*(Desde adentro)*. Pero chico, ¿qué haces que no pasas?

PERALTA.—Voy. Procuraré complacerlas. *(Entra en el cuarto de Braulio).*

DOÑA PÍA.—Ah! *(Acercándose a la puerta).* No te olvides del entierro. *(A Rita).* ¿Ves cómo está tu padre de lelo? No se le había ocurrido decirnos que había visto a Peralta.

(Entra Juana por el foro).

JUANA.—Señorita Rita.

RITA.—¿Lo alcanzaste?

JUANA.—Casi llegando a su casa.

RITA.—¿Leyó el papelito?

JUANA.—Lo llamé para dárselo, pero no me atendió. Tómelo usted.

RITA.—¿Lo oyes, mamá? *(A Doña Rita, que se había quedado curioseando en la puerta de la alcoba de D. Braulio).*

DOÑA RITA.—¿Qué, hija mía?

RITA.—Espinoza no vuelve más.

DOÑA RITA.—¿Se fastidió ya de ti?

RITA.—Mientras tú estabas en la calle, papá lo *corrió.*

DOÑA PÍA.—¿Vino ahora? Porque yo lo encontré en el trayecto de la iglesia.

RITA.—Se paró un momento en la ventana a saludarme y papá lo sorprendió.

DOÑA PÍA.—Muy mal hecho de Braulio. Ha debido hacerse el que no lo había visto.

RITA.—Si hubieras oído con qué rudeza lo trató.

DOÑA PÍA.—¿Qué habrá dicho de nosotros ese señor? Pensará que somos unas cualesquiera... ¿Qué pensará de nosotros la familia que nos lo presentó?

RITA.—Le escribí rogándole que viniese para que hablara contigo, pero ya ves lo que ha hecho... ¿De modo que no quiso atenderte? *(A Juana).*

JUANA.—Echando chispas estaba.

DOÑA PÍA.—No es para menos. Después de semejante grosería. Un hombre tan fino, tan culto... Algo me dejaba contigo siempre los domingos, aunque fuera un bizcochuelito.

RITA.—¿Y cómo te parece arreglar eso?

DOÑA PÍA.—Es un verdadero conflicto. Pero no te preocupes. Entre tú y yo convenceremos a Braulio de que debe ir a la casa de ese señor a darle una satisfacción... Haré que Peralta también le hable.

RITA.—Qué idea tan feliz.

(Se oye afuera un alboroto).

DOÑA PÍA.—Esa bulla en la calle?

RITA.—De seguro los muchachos que están jugando papagayo. *(Asomándose a la ventana).* Un pleito.

DOÑA PÍA.—Cierra entonces, no vayan a hacer un disparo.

RITA.—Si son dos muchachos que están agarrados.

DOÑA PÍA.—Dos boxeadores.

RITA.—*(Sonreída).* El muchachito que trae las arepas. Y el otro es un negrito.

DOÑA PÍA.—*(Asomándose).* El hijo de Nicolasa.

VOZ AFUERA.—Dale duro, negrito.

OTRA VOZ.—Así es como es....

OTRA VOZ.—Anda, negrito. Dale con la cabeza...

OTRA VOZ.—Pégale ligero, antes que venga la policía.

OTRA VOZ.—Nó, no te metas tú. Déjalos solos.

DOÑ PÍA.—Qué gente tan graciosa. Cómo se agrupa para ver pelear un par de infelices... Juana... Juana... Sal y desaparta a esos muchachos...

RITA.—Bonita cosas vas a hacer... Nó, Juana, no salgas... Déjalos que se entrenen.

DOÑA PÍA.—Vaya que al fin llegó la policía.

RITA.—Miren cómo corren... Adiós... *(A unos que pasan).*

DOÑA RITA.—¿Quiénes son?

RITA.—Guá. ¿No las conoces? Las Gonzalito...

DOÑA PÍA.—Con el pelo rubio?

RITA.—Se lo tiñeron últimamente. Así quisiera teñírmelo yo también.

DOÑA PÍA.—Estarás loca...

RITA.—A ver si se me compone un poco la suerte. Me tiene tan preocupada lo de Espinoza.

(Un vendedor ambulante se pára en la ventana).

VENDEDOR.—Agujas, hilo, botones...

DOÑA PÍA.—Nó.

VENDEDOR.—Pizarras, paños de mano, cartillas...

RITA.—No compramos nada, señor.

VENDEDOR.—Ligas, sortijas, escapularios, candeleros...

DOÑA PÍA.—No le hagas caso y cierra la ventana...

RITA.—Qué hombre tan fastidioso. *(Salen por la derecha).*

VENDEDOR.—Copas, medias, lámparas...

(D. Braulio y el doctor Peralta salen de la alcoba de aquél.—D. Braulio, de levita y pumpá).

PERALTA.—Por lo que me dijiste ayer, comprendí que algo te sucedía; pero como ni siquiera me invitaste a venir a tu casa...

D. BRAULIO.—Francamente, me daba pena que fueras testigo del triste estado en que me ha puesto el Destino... A

Pía no quise decirle que te había visto porque sabía que se iba a empeñar en que te hiciera venir.

PERALTA.—Pues, de corazón, te considero.

D. BRAULIO.—Debes considerarme. En esta casa soy un trasto. Nadie me quiere. Estas cosas no deberían decírsele a nadie, ya que "los trapos sucios deben lavarse en la casa".... Pero a un amigo de la infancia, a un viejo compinche ¿cómo ocultárselas? Necesito desahogarme.

PERALTA.—Pues desahógate. Nadie nos oye.

D. BRAULIO.—En todas partes, en todo momento no encuentro sino contrariedades. Cuando no es mi mujer, es mi hija. Y cuando no son ellas es mi cuñado Raimundo. Pasa casi todo el año en la hacienda, pero cuando viene la da por meterse en mi cuarto, diz que porque en su casa le hacen bulla. Lo peor es que agarra un libro cualquiera y se pone a leer en alta voz. Ultimamente la ha dado por Vargas Vila... A veces me echo en la cama a dormir la siesta y cuando estoy cogiendo el sueño, me despierta con una gritería: *(Enfáticamente)* "Yo tengo dos estilos, como el águila tiene dos alas"... Hasta en la mesa me mortifican. Saben que no me gustan los ajos y de casualidad no los encuentro en el café...

PERALTA.—Sin embargo, estás gordo.

D. BRAULIO.—Ironías del Destino... Lo más gracioso del caso es que todo lo que me sucede, a ti es a quien lógicamente corresponde...

PERALTA.—¿A mí?... ¿Por qué?

D. BRAULIO.—¿No aspirabas tú a la mano de Pía?.... ¿No te la arrebaté yo?

PERALTA.—De lo que me libraste. Porque conmigo habría sido lo mismo; tal vez peor.

D. BRAULIO.—No puedes figurarte cómo es el carácter de la que fué tu *adorado tormento,* como tú la llamabas. Y la hija va por el mismo camino.

PERALTA.—Y pensar cómo era de suave, de angelical en la sala de su casa. Aquella dulzura para todo...

D. BRAULIO.—Como casi todas. Ante los extraños, adorables *bibelots,* a quienes provoca meter en un nicho y adorar de rodillas; pero en el interior, en la intimidad del hogar doméstico, unas fieras. A algunas poco les falta para pegarle a la mamá.

PERALTA.—Si yo pudiera hacer algo en obsequio tuyo.

D. BRAULIO.—Qué bien lo merezco, sí. En pago, siquiera, de la enorme broma de que te libré.

PERALTA.—Parece mentira. Pero lo cierto es que me hiciste un servicio mayúsculo. Tú y el aguardiente. Porque, según me dijiste ahora, fué una *parranda* lo que la movió a desconfiar de mí.

D. BRAULIO.—Confesión de ella misma.

PERALTA.—Una de aquellas *parrandas* tremebundas que corríamos juntos.

D. BRAULIO.—Con la circunstancia de que a mí no se me conocía y a ti sí.

PERALTA.—Porque tú eras más borracho que yo.

D. BRAULIO.—Lo cierto es que por ti me sacrifiqué, y que esto ya no tiene remedio.

PERALTA.—Si te parece, podría, como médico, hacerles creer que estás enfermo.

D. Braulio.—Sería inútil. Ellas saben que lo único que me duele, a veces, son las muelas y eso porque abuso del dulce. Además, no conviene decir esas mentiras. Sería tentar a Dios.

Peralta.—De modo que te resignas a seguir con tu cruz.

D. Braulio.—¿Qué se hace?... Algún día descansaré.

(Doña Pía se asoma por la derecha).

Doña Pía.—Ya es la hora del entierro. Mejor es que te vayas. A Peralta, tal vez tengas ocasión de volverlo a ver más tarde.

D. Braulio.—*(A Peralta)* ¿Por qué no vamos juntos hasta la esquina?

Peralta.—Prefiero quedarme charlando con tu mujer. Si me lo permites.

D. Braulio.—Ojalá quisieras llevártela bien lejos.

Peralta.—De modo que, resueltamente, no quieres que le hable ni a tu mujer ni a tu hija.

D. Braulio.—Ya te he dicho que nó. Más aún, te ruego la mayor discreción. Que no sepan nada de lo que te he dicho. Pasaría por un vulgar ante ellas... Además, tal vez me tratarían peor de lo que ahora me tratan.

Peralta.—Pobre amigo mío. Cómo pagarte esta deuda de gratitud?

D. Braulio.—Lo único que te exijo es que no cuentes nada de lo que has visto aquí... Me daría tánta pena...

(Vuelve a asomarse Doña Pía por la puerta de la derecha).

Doña Pía.—¿Aún no te has ido, hombre? Ya fueron a buscar al cura.

D. Braulio.—Ya me voy, mujer, ya me voy. *(Sale).*

Doña Pía.—Así es siempre. Como usted lo ha visto. Calmoso, sin ánimo para nada. Qué distinto del Braulio que usted nos presentó hace veinte años, alegre, dicharachero, listo siempre para todo... ¿Recuerda usted lo buen bailarín que era? Pues ya no sirve para nada, ni siquiera una polka.

Peralta.—No en balde trascurren los años.

Doña Pía.—No tiene edad para eso. Por lo demás, si se tratara de un organismo débil, enclenque. Pero un hombre tan robusto, tan lleno de salud...

Peralta.—En apariencia.

Doña Pía.—¿Cómo en apariencia?

Peralta.—Ahí, donde usted lo ve... supongo que no hay nadie cerca... ahí donde usted lo ve... Braulio es un caso perdido...

Doña Pía.—Eso ya lo sabía yo. Ni a tiros se compone. Esa cachaza para todo...

Peralta.—No se trata de eso, nó. Se trata de algo más grave.

Doña Pía.—Me alarma usted.

Peralta.—Yo no debería decírselo, pero el secreto profesional tiene ciertos límites.

Doña Pía.—Acabe usted pronto.

Peralta.—Mi conciencia de profesional honrado y la circunstancia de ser usted una mujer enérgica, que no se asusta ni se aflige por tonterías, me obliga a hacerle una confesión.... Pero ¿está usted segura de que nadie nos oye?

Doña Pía.—Sus palabras me tienen fría como el hielo.

Peralta.—Entonces no le digo nada.

Doña Pía.—Nó, dígamelo todo.

PERALTA.—Pues bien, ya que usted se empeña... Hace poco, Braulio, recordando las bromas que le dábamos, de mozo, sus compañeros... usted recuerda que era muy raquítico..

DOÑA PÍA.—Casi siempre tenía catarro.

PERALTA.—Hasta el punto de que cuando se casó con usted, todos creíamos que pronto habríamos de enterrarlo. Una mujer tan llena de vida como usted... tan fogosa...

DOÑA PÍA.—Me mortifica usted con su reticencia.

PERALTA.—Pues bien, como le iba diciendo, Braulio, a propósito de las bromas que le dábamos de que no llegaría a los cuarenta años, para demostrarme ahora poco, en su cuarto, que aún estaba fuerte, vigoroso, se empeñó en que le hiciera un examen general, en que le auscultara los pulmones, el corazón...

DOÑA PÍA.—¿Cómo lo encontró usted?

PERALTA.—Yo, como es natural, le hice creer que estaba perfectamente normal. Pero, aquí entre nos, le dije una enorme mentira.

DOÑA PÍA.—¿Está enfermo?

PERALTA.—Ese corazón.

DOÑA PÍA.—¿Qué tiene?

PERALTA.—Algo muy serio.

DOÑA PÍA.—Dios mío.

PERALTA.—Pero no así, de cualquier modo... *(Después de cerciorarse de que nadie lo oye)*. Braulio tiene una aneurisma en el cayado de la aorta.

DOÑA PÍA.—Qué horror! Rita... Rita...

PERALTA.—¿Qué va usted a hacer?

DOÑA PÍA.—Es necesario que mi hija se entere.

PERALTA.—¿Para qué alarmarla?

DOÑA PÍA.—Que sufra ella también, como estoy sufriendo yo. Rita... Rita...

(Entra Rita).

RITA.—Mamá...

DOÑA PÍA.—Ven a mis brazos, hija mía.

RITA.—Pero ¿qué sucede?

DOÑA PÍA.—Hija mía... Hijita de mis entrañas...

RITA.—Pero ¿qué sucede, doctor?... Dígamelo usted...

DOÑA PÍA.—Sí, dígaselo usted. Yo no tengo valor. Se trata de tu padre, hija mía.

RITA.—Ah, ya sé lo que es. Cuánto me alegro.

PERALTA.—¿Se alegra usted?

RITA.—Es claro. Se trata seguramente de que usted convenció a papá de que debía presentarle sus excusas a Espinoza.

DOÑA PÍA.—¿Quién piensa en eso ahora, niña? Es algo grave, muy grave. Algo que no esperábamos.

RITA.—Me asustas mamá.

PERALTA.—Prefiero no hacerle la revelación que a su madre le hice. Tal vez no tenga usted valor para resistirla.

RITA.—Nó, doctor, yo tengo valor para todo.

PERALTA.—Pues bien, señorita. Braulio está mal. Tal vez dure mucho tiempo, tal vez poco. Pero es lo cierto que sobre su cabeza está suspendida la espada de Damocles.

RITA.—¿Lo van a decapitar?

DOÑA PÍA.—Nó, hija mía. Ese es uno de los tantos modos que tienen los médicos poetas como Peralta, para decir que un enfermo está en peligro de muerte.

RITA.—Pero, en resumidas cuentas, ¿qué es lo que tiene papá?

DOÑA PÍA.—Nada menos que una aneurisma en la aorta.... enorme... Dígale de qué tamaño, Peralta.

PERALTA.—Eso sí que no lo puedo precisar, sin haberle hecho una radiografía.

RITA.—Pero eso es espantoso. ¿Y él lo sabe?

PERALTA.—¿Quién se atrevería a decírselo? El que osara hacer eso sería un criminal.

RITA.—Mamaíta, pero esto es horrible.

PERALTA.—Además, conviene no hacer referencia ni siquiera al examen que le hice en el corazón y en los pulmones...

RITA.—Ah, ¿lo examinó usted?

PERALTA.—Si no hubiera hecho eso no les hablaría como les hablo.

RITA.—De modo que él no sabe nada, ¡pobrecito!

DOÑA PÍA.—Dios no lo permita.

PERALTA.—La más ligera sospecha lo mataría.

RITA.—¿Y qué nos aconseja usted que hagamos?

DOÑA PÍA.—Algún tratamiento adecuado al caso.

RITA.—Alguna medicina.

PERALTA.—Al hacerlo tomar algún remedio, necesariamente tendría que sospechar algo.

RITA.—Pero ¿cómo vamos a quedarnos con los brazos cruzados esperando la muerte de papá?

PERALTA.—Como se trata de un mal incurable, lo que aconseja la Ciencia en casos tales es mucha prudencia, la

mayor discreción. Que el paciente disfrute de la mayor tranquilidad, del más perfecto reposo... En una palabra, que haga lo que le dé la gana...

DOÑA PÍA.—Felizmente que no tiene que salir a ninguna parte.

PERALTA.—Y si le dan ganas de salir, que salga. No contrariarlo. Es lo principal. Tratarlo con las mismas contemplaciones con que se trata a un niño enfermo. No proporcionarle la más leve molestia. Adivinarle, si es posible, los deseos. Por supuesto, sin fastidiarlo. Porque eso acabaría por incomodarlo, y entonces, ay...

RITA.—¿Y en materia de comida?

PERALTA.—Que coma lo que quiera. Sobre todo, conviene librarlo de cuanto le desagrada... Que no le gustan los ajos, pongamos por caso, como me sucede a mí, pues que la cocinera ni siquiera los nombre en la casa....

DOÑA PÍA.—*(A Rita)*. Ya lo sabes, a ese hombre, a tu pretendiente, que no se le ocurra volverse a parar en la ventana...

RITA.—Es duro, pero hay que hacerlo.

DOÑA PÍA.—Si se acerca a hablarte, no le hagas caso. Procura no verlo siquiera... ¿No le parece Peralta?

PERALTA.—El padre antes que todo. Figúrese cuán grande sería el remordimiento que tendría que sufrir si a Braulio le sucediera algo por culpa suya.

RITA.—Y a tío Raimundo, que cuidado como se le ocurre volver a instalarse en el cuarto de papá, a leer en alta voz.

Doña Pía.—Déjalo que venga. Le hablaré bien claro, ya verás.

Rita.—Y a Petrona que cuidado como se le ocurre volver a echarle ajos a la comida.

Doña Pía.—Y a Juana que cuidado como se le ocurre volver a permitir que se paren hombres en la puerta.

Peralta.—Todo eso me parece muy bien pensado. Pero, además, hay que guardar la más absoluta discreción. Que no se percate de nada, que no sospeche nada... Si es posible, no nombrar en presencia suya la palabra corazón, mucho menos la palabra aneurisma...

Doña Pía.—Cuánto le agradecemos, Peralta, el favor que nos ha hecho.

Rita.—Y pensar que si no hubiera sido por usted.

Peralta.—Nada tienen ustedes que agradecerme. A Braulio le debo un servicio enorme, impagable... Tal vez nunca les ha hablado a ustedes de eso, ni les hablará tampoco. Es demasiado generoso... Enfín, siento mucho dejarlas.

Rita.—¿Por qué no espera que regrese papá?

Peralta.—Con franqueza les digo que después que he sabido lo que sé de su estado de salud, me mortifica verlo.

Doña Pía.—Adiós.

Rita.—Adiós, doctor.

Peralta.—Nada de caras tristes... Alegría, jovialidad... Tal vez antes de irme vuelva por aquí. *(Sale).*

Rita.—Y pensar que estábamos matando al pobre papá. Tú por un lado, yo por otro...

Doña Pía.—No me hables de eso porque no quiero pensar en ello.

Rita.—Hay que hacer un propósito de enmienda, firme, y comenzar por confesarle al sacerdote el gravísimo pecado que hemos estado cometiendo.

Doña Pía.—Tienes sobrada razón, hija. Hay que hacer una confesión general.

Rita.—Y tener en cuenta que la vida de papá depende, en cierto modo, de nosotras.

Doña Pía.—Ya lo sé, hija... No me sigas mortificando...

Rita.—Pero, de pronto, me ha asaltado una duda. Si el doctor Peralta se ha equivocado...

Doña Pía.—Difícil me parece. Según he oído decir, es de lo mejorcito que tenemos.

Rita.—Sin embargo, ¿por qué no hacemos que a papá lo vea otro médico?

Doña Pía.—¿Estás loca?... ¿No ves que inmediatamente sospecharía?... Además, suponiendo que se tomaran todas las precauciones posibles para que no sospechara, si ese otro médico no tiene la discreción de Peralta...

(Tocan afuera).

Rita.—¿Quién es?

Doña Pía.—Si es una visita, a Juana que le diga que no estamos aquí... No estamos ahora para recibir visitas...

Rita.—Ya me oyeron la voz... ¿Quién es?

Doña Pía.—Bueno, la recibirás tú. *(En actitud de marcharse).*

Voz afuera.—El mochito de los sábados.

Rita.—Perdone, hermano.

Doña Pía.—Nó, llévale algo. Ahora, más que nunca, conviene estar bien con Dios. *(Va Rita a llevarle al pobre un centavo que le da Doña Pía).*

Voz afuera.—Dios se lo pague, hermanita.

Rita.—Amén... Mamá, mucha discreción que ahí viene papá.

(Entra D. Braulio).

Doña Pía.—*(Después de verlo con curiosidad y lástima, al mismo tiempo).* ¿Mucha gente?

D. Braulio.—¿En dónde?

Doña Pía.—En el entierro.

D. Braulio.—¿En el entierro?... Sí, alguna... Francamente, no sirvo para mentir. No fuí al entierro.

Doña Pía.—*(Cariñosa).* ¿Te arrepentiste?

D. Braulio.—Llegué hasta la puerta, pero como todo el mundo estaba de paltó y sombrero de paja, me abstuve de entrar. Además, yo no conozco a nadie en esa casa.

Doña Pía.—Hiciste muy bien.

D. Braulio.—Y yo que creía que ibas a enojarte conmigo.

Doña Pía.—¿Enojarme contigo?... ¿Por qué?

Rita.—Papá, ¿tú no sientes calor con ese traje?

Doña Pía.—Tan cerrado de negro... Anda, Rita, tráele el paltó de alpaca. A menos que prefieras quedarte en mangas de camisa. Si quieres, quédate. Cerramos la sala y si viene alguna visita, la recibimos en el corredor. *(Entra Rita en la alcoba de D. Braulio y sale a poco con el paltó de alpaca).*

RITA.—A papá lo que le hace falta es un paltocito de *tussor*. El día de su santo, primeramente Dios, le regalo uno.

D. BRAULIO.—*(Hablando consigo mismo)*. ¿Qué estará pasando aquí?

DOÑA PÍA.—Fué una torpeza mía empeñarme en que te molestaras para ir a ese entierro, sobre todo en que te echaras encima esa ropa.

D. BRAULIO.—Si supieras que así, de tiros largos, me sentía con cierta dignidad, hasta con carácter. Me sentía en actitud de pronunciar un discurso ofensivo.

DOÑA PÍA.—Eso nunca. Tú eres demasiado fino y culto para ofender a nadie.

RITA.—Papá, ¿por qué no te retratas de levita y pumpá? Quedaría tan bien un retrato tuyo aquí en la sala, con un marco lujoso. Le pondríamos un foquito de luz eléctrica.

DOÑA PÍA.—Sí, tienes que retratarte.

D. BRAULIO.—Nó, ¿para qué? Con mi presencia basta y sobra. Mi retrato aquí serviría de estorbo.

DOÑA PÍA.—No digas eso, esposo mío.

RITA.—Papaíto, no hables así.

D. BRAULIO.—*(Para sí)*. Indudablemente, aquí está pasando algo muy serio. *(Se dirige a su alcoba, para salir a poco)*. Ya vuelvo, voy un momento a mi cuarto.

DOÑA PÍA.—Le noto algo raro. Está más pálido.

RITA.—Y ojeroso.

DOÑA PÍA.—Como no se nos vaya a morir antes de desagraviarlo de todo el mal que le hemos hecho.

RITA.—Dios no lo permita. Sería capaz de meterme en un convento.

(Vuelve D. Braulio).

D. BRAULIO.—¿Se fué Peralta?

DOÑA PÍA.—Es probable que venga a despedirse.

RITA.—Qué amigo tan excelente.

DOÑA PÍA.—Y lo que te estima.

D. BRAULIO.—En cierto modo, hay motivo. No fué pequeño el servicio que le hice hará unos cuantos años, poco después de conocerte... Pero ¿a qué hablar de eso?

DOÑA PÍA.—*(A Rita).* Acuérdate de lo que te dije respecto al hombre ése que se para por la ventana; que se paraba, porque supongo que no lo volverá a hacer...

D. BRAULIO.—Buena espantada la que le di, ¿verdad?

DOÑA PÍA.—Muy merecida... Y si se vuelve a parar, ya verá. Tendrá que entendérselas conmigo.

RITA.—Lo que es por eso, despreocúpate. Seré la primera que lo dejaré fría.

D. BRAULIO.—*(Para sí)* Ya esto me está preocupando. *(Se levanta).* ¿Dónde fué que dijo Peralta que se había hospedado?

DOÑA PÍA.—No vayas a molestarte. Dijo que volvería antes de irse.

D. BRAULIO.—Sin embargo, tengo que hablar con él.... Urgentemente necesito decirle algo...

(Se oye la bocina de un auto).

DOÑA PÍA.—Se ha parado un auto. ¿Quién será?

RITA.—*(Asomándose a la ventana).* El doctor Peralta.

(Entra Peralta).

D. Braulio.—Qué casualidad! Iba a salir a buscarte.

Doña Pía.—Ya le habíamos dicho que usted volvería antes de irse.

Peralta.—No creí hacerlo tan pronto. Al llegar al hotel encontré ese auto esperándome. Me llaman de urgencia.

D. Braulio.—Oye, oye un momento. *(A Peralta).*

Doña Pía.—*(Yéndose, con Rita, por la derecha).* Si sentirá algún dolor.

Rita.—Dios mío, qué zozobra.

Peralta.—*(Viéndolas, sonreído).* No se preocupen; no es nada malo.

D. Braulio.—Oye, chico, francamente, ¿qué sucede aquí?

Peralta.—¿Yo qué sé?

D. Braulio.—No disimules. Esta gente, que antes me trataba *a las patadas,* como vulgarmente se dice, desde que regresé ahora de la calle no encuentra qué manifestaciones darme de cariño.

Peralta.—Lo cual quiere decir que te sientes mejor. Comienzas a tener lo que antes no tenías: atenciones...

D. Braulio.—Sí, pero lo que deseo saber es cómo has logrado hacer eso, de qué medios te has valido.

Peralta.—Hazte cargo de que cuando llegué aquí, estabas enfermo de gravedad.

D. Braulio.—*(Alarmado).* ¿Enfermo yo?

Peralta.—Nó del cuerpo, sino del alma. El bacilo que estaba dañándote moralmente era el mal trato de tu mujer y de tu hija. Yo lo que he hecho es procurar atenuar la virulencia de ese bacilo, que es terrible...

D. Braulio.—Ah, si no fuera por la paciencia mía...

Peralta.—Pero la paciencia, al fin y al cabo, se agota, y entonces, lo más probable es que el marido salga a buscar en la calle la paz que en el hogar no encuentra. Forzoso es convenir, amigo mío, en que los hombres a veces son malos porque las mujeres son peores.

D. Braulio.—Muy bueno todo lo que me estás diciendo. Lo que no he logrado saber aún, es cómo hiciste la transformación.

Peralta.—El médico no está obligado a decirle al paciente qué medicina va a administrarle. Podría asustarse. En ocasiones hay que usar veneno a fuertes dosis.

D. Braulio.—¿De modo que tú?... *(Abrazándolo)*. Cómo te lo agradezco.

Peralta.—Nada tienes que agradecerme. Tú estás curado. Pues yo también lo estoy. Veinte años hacía que no trataba a la que es hoy tu mujer, a la que fué un tiempo *mi debilidad*... Y, créemelo, por más que pasaban los años, en mi mente no se borraba el recuerdo de la mujer que tú me arrebataste... Cuando llegué aquí, ayer, sin sospechar que iba a encontrarla, todavía estaba enamorado. Pero hoy, al verla, no ya como antes, entre las brumas de un ensueño de amor, sino en el marco de la realidad, me siento definitivamente curado.

D. Braulio.—De todos modos te lo agradezco.

Peralta.—Curación por curación, nuestro agradecimiento, en todo caso, habría de ser mutuo.... Si no hubiera sido por ti, mi vida a esta fecha sería un infierno; con la circunstancia agravante de que yo no tendría un solo hijo, sino varios. No habría perdido el tiempo como tú...

D. Braulio.—Ah, Peralta, el mismo de siempre... *(Peralta se levanta para irse)*. Cómo lamento que no te quedes un día más siquiera.

Peralta.—¿Para qué?... Sería hasta peligroso... Si viera a tu mujer tratándote con cariño, lo más probable sería que me volviera a enamorar.

D.Braulio.—*(Sonreído)*. Pía... Rita...

(Salen Doña Pía y Rita, por la derecha. Rita trae una cesta llena de frutas que le ofrece a Peralta).

Rita.—Algo ha de llevarse usted como recuerdo.

Doña Pía.—A falta de algo mejor...

Peralta.—*(Por las frutas)*. Qué hermosas y, sobre todo, qué apetitosas... Mangos, mi fruta predilecta.

D. Braulio.—No es porque sean cultivados aquí, pero son algo especial. Te los recomiendo. *(Peralta comienza a sacar las frutas de la cesta)*. Llévatelos con cesta y todo.

Peralta.—*(A Rita)*. Lo que le dije. El día de hoy voy a tener que marcarlo con piedra blanca.

D. Braulio.—Vamos andando hasta el auto, que no tienes tiempo que perder.

(Salen todos por el foro y vuelven, a poco, con excepción de Peralta).

Doña Pía.—Ya lo sabes, Braulio, cuando quieras comer, no tienes sino avisar. *(Sale)*.

Rita.—Sí, papá, sin pena alguna. Y si se te ocurre algún plato extraordinario...

D. Braulio.—Qué idea tan feliz. Manda a Juana al restorán de la esquina por la carta, a ver qué me apetece.

Rita.—Inmediatamente... Juana... Juana...

D. Braulio.—Oye. Antes me preparas un *coctail* con tres huevos y un poco de vino de Oporto, de aquel especial, que tienen ustedes reservado para los días de santo... *(Sale Rita). (Para sí).* Pero Dios mío, ilumíname... ¿Qué clase de veneno le administró Peralta a esta gente?... Lo malo es que con el tiempo vaya yo a fastidiarme de tánto cariño y eche de menos el mal trato de antes, porque así es la triste condición humana... *(Dirigiéndose al público).*

Y aquí termina el sainete...
Perdonad sus muchas faltas.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
0003996759 9